

Solemnidad de Todos los Santos

Madrid, 31 de octubre de 2012, parroquia de Cristo Rey

25 años de la presencia en España de las Dominicas Hijas de Ntra. Sra. de Nazareth

Apocalipsis 7,2-4.9-14;

Salmo 23, 1-2.3-4ab.5-6;

1ª Juan 3,1-3;

Mateo 5, 1-12a.

Queridos don Justo, nuestro Vicario episcopal del Clero, párroco don Pedro y sacerdotes concelebrantes diocesanos y religiosos, Madre Gloria, Superiora General, Madre María Luisa, superiora Provincial y Hermanas Dominicas y de otros institutos, queridos hermanas y hermanos:

Celebramos la Acción de Gracias, hoy, ya en la Solemnidad de todos los Santos, en esta parroquia de Cristo Rey en cuyo territorio está ubicada la Casa provincial de las Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazareth, singularmente por los veinticinco años de su Instituto de vida consagrada en España, precisamente en el día en que nuestro obispo diocesano, el Cardenal Rouco, cumple treintaiséis años desde su ordenación episcopal.

El principio es como la semilla más pequeña, una casa; después varias; luego bajo una Delegación y ahora ya una Provincia del Instituto, la de Santo Domingo de Guzmán, por ser la de España, y porque desde aquí las Hermanas saltaron a otras naciones de Europa y de África.

Veinticinco años en la historia de la Iglesia son muy pocos, pero son muchos en la vida de una persona -un tercio de la vida- y son bastantes en la vida de un Instituto.

Damos gracias, pues, a Dios, porque Él ha guiado y bendecido al Instituto y a las Hermanas que han integrado las comunidades en España y en esta Provincia religiosa, en unión a las demás Provincias y comunidades de las Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazareth, que han entregado su vida por el Señor pero también y a la vez por algunas diócesis de la Iglesia en España.

Cuando de España partieron misioneros para el nuevo continente en una generosa evangelización quizá entonces no pudieron pensar que su trabajo inicial fructificaría hasta el punto de que luego, desde allí, sacerdotes y consagradas vendrían a este suelo para ayudar en una evangelización, si cabe, todavía más difícil por la evolución de los tiempos.

Así se muestra la universalidad de la Iglesia que está llamada a evangelizar, es decir, en llamar y contagiar la conversión al Señor y a acompañar -en el camino de la santidad- a todos cuantos han conocido a Dios Padre, y aman y siguen a Jesucristo por la fuerza del Espíritu Santo.

No se trata, pues, de exportar o importar vocaciones sino de vivir la comunión de la Iglesia en la que el Bautismo, la vocación y la misión unen más que el tener un mismo pasaporte o proceder de la misma cultura o de culturas semejantes.

Y damos gracias precisamente antes de que concluya el año litúrgico, en la Iglesia universal y celebramos la solemnidad de todos los santos.

Hoy especialmente manifestamos nuestra fe, y creemos que la multitud de aquellos que con Jesús y María se congregan en el cielo y gozan de la bienaventuranza eterna, junto con los santos ángeles, comulgan con nosotros sus bienes espirituales intercediendo por nosotros ante Cristo Jesús, resucitado y glorioso.

La comunión de los santos significa, pues, la comunión entre las personas santas y, en la celebración eucarística, nos comunicamos en Cristo los bienes que de él hemos recibido los que peregrinamos en esta tierra, recibimos las gracias también por intercesión de los santos del cielo y en una sola comunión, ofrecemos además nuestra oración para que quienes nos han precedido participen de la gloria eterna de Cristo glorioso y para que lo que cada uno hace y sufra por Cristo dé frutos para todos.

En la liturgia de las horas de esta solemnidad leemos a San Bernardo cuando dice que *“Los santos no necesitan de nuestros honores, ni les añade nada nuestra devoción. Es que la veneración de su memoria redunde en provecho nuestro, no suyo”* (Opera Omnia, Sermón 2). Al celebrar, dando gracias a Dios por la vida de cuantos han participado de su santidad, muchos conocidos e inscritos en el Catálogo de los Santos y Beatos y otros desconocidos por nosotros pero conocidos por Dios, celebramos hoy la gloria de Dios en ellos y el misterio de nuestra comunión con ellos. Así nos sentimos llamados también a ser y vivir como ellos, pues el Concilio Vaticano II recuerda la vocación universal a la santidad que hemos recibido en el Bautismo: *“Todos los fieles cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados cada uno por su propio camino, a la perfección de la santidad”* (LG 11).

La solemnidad de Todos los Santos nos propone que la santidad es también posible para nosotros, y que nunca hemos de renunciar a ella o a resignarnos a no intentarlo jamás, sino que cada día nos es posible ser fieles a Jesucristo, sobre todo y cada vez que deseamos y trabajamos para que el pecado no se instale en nuestro corazón, sino que, por la gracia de Dios, quien inhabita en nosotros, demos la respuesta de amor a la iniciativa de amor que Él nos ha tenido y nos mantiene.

El libro del Apocalipsis describe la muchedumbre inmensa de los que han pasado por la gran tribulación y ya están *“de pie delante del trono y del Cordero”* (Ap 7, 9) gozándose de que *“la salvación es de nuestro Dios”* (Ap 7, 10) y gracias a los méritos de Cristo, quien se entregó, hasta la muerte, por todos nosotros.

El número de los señalados indica una cifra universal de la salvación a la que todos estamos llamados, como la plenitud del nuevo pueblo de Israel abierto a todas las naciones. Una comunidad de santos sin fronteras, a pesar de las dificultades externas o internas experimentadas en cada tiempo, pues en la tribulación se teje el vestido nupcial de la Iglesia. Los que ya habitan en la Jerusalén celestial *“han blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero”* (Ap 7, 14) y *“llevan las palmas en sus manos”* (Ap 7, 9), las palmas de su alabanza, de su testimonio y de su gloria. Han participado de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, en el culto eterno que transcurre en la presencia de Dios que quiso poner su tienda entre los suyos. Los que todavía estamos en la peregrinación de esta vida terrena nos asociamos a su triunfo, en la espera de seguir sus pasos por el camino de su santidad, sabiendo que el Señor nos precede, va delante de su Iglesia y nos acompaña en el camino como *“forasteros en tierra extraña”* (Hechos 7, 6) guiándonos hasta Él, quien es la fuente de la vida y nuestro último y feliz destino.

Por eso hoy, también, y por medio de esa *“multitud de intercesores”* que ahora son *“semejantes a Dios”* y le ven *“tal cual es”* (cf 1ª Juan 3,2) pedimos la abundancia de su misericordia y de su perdón porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia (Rom 5, 20). En Cristo por el Espíritu Santo nos viene toda santificación y, al llamarnos y ser sus hijos, nos ha convocado a *“ser perfectos como es perfecto -nuestro- Padre celestial”* (Mt 5, 48). Al ver que los santos de todos los siglos y de nuestro tiempo también tuvieron defectos y fueron frágiles y pecadores -aunque se purificaron en el seguimiento del Señor y en su sangre redentora- fueron definitivamente fuertes y santos en Él. La fragilidad de los santos viene además en nuestra ayuda porque nos muestra el camino por el que podemos salir del pecado y vivir ya aquí como un comienzo, y después ya sin final, una vida de intimidad con el Padre como verdadera y única alternativa a una vida injusta o perversa. Los santos experimentaron las mismas dificultades que nosotros, y seguramente más, pero supieron vencer las tentaciones del maligno y, con la gracia de Dios, vivieron las bienaventuranzas.

En el “sermón del monte” el Señor pronunció las bienaventuranzas, expresando la vida en el Espíritu como una “buena dicha escatológica” que, a la vez, es exigencia para cuantos nos sentamos en torno a su palabra y alrededor de su mesa. Benditos y dichosos los que se aventuran a vivirlas hasta llegar a la bienaventuranza eterna. Las bienaventuranzas, vividas primero por Cristo Jesús, son cumplimiento de la promesa mesiánica y, cuando son intentadas -con la gracia de Dios- por nosotros, expresan nuestra respuesta de amor a la alianza sellada por Dios.

Somos dichosos cuando somos pobres en el espíritu (cf Mt 5, 3) y, en medio de las aflicciones de tantas pobreza, permanecemos con el corazón del pobre que lo espera todo de Dios. A pesar del sufrimiento podemos ser dichosos si lo ofrecemos con mansedumbre (cf Mt 5, 4) como un sacrificio de alabanza mientras nos encaminamos por esta tierra a la tierra prometida. Cuando lloramos, por lo que merece la pena llorar, Dios nos da su

consuelo hasta que lleguemos a su reino (cf Mt 5, 5).

Permanecer hambrientos y sedientos de la justicia que es gracia (cf Mt, 5, 6), abierta siempre por parte de Dios al perdón, nos acerca a su mesa en el festín de su Cuerpo y de su Sangre donde el Señor nos sacia el hambre de felicidad y de existencia que palpita y anhela nuestro ser.

Estas cuatro primeras bienaventuranzas expresan nuestra dependencia de la gracia de Dios, pues es Dios quien reina. Y las cuatro últimas manifiestan nuestra dependencia hacia los hermanos, como una respuesta de amor dada al mismo Dios en ellos.

Abrigar en el corazón la misma misericordia de Dios (cf Mt, 5, 7), nos hace salir de nosotros mismos -a pesar de nuestras miserias- hacia los hermanos -a pesar de sus propias miserias- pues en unas y en otras Dios ha puesto su corazón. Alcanzamos la misericordia de Dios cuando somos misericordiosos con los demás. Mantenernos con las manos abiertas ante quienes nos necesitan y el corazón siempre transparente y sin doblez, limpio con la claridad de Dios (cf Mt 5, 8), nos hace verlo en cada acontecimiento y en toda persona, con los ojos del corazón iluminados por la luz de Cristo, que es la luz de la Iglesia, que es la luz de las gentes. Somos hijos de Dios, bienaventurados, cuando vivimos con su gracia pacíficamente sin opresiones e injusticias en medio de un mundo con tantas violencias y quebrantos (cf Mt. 5, 9).

Y, cuando somos perseguidos por querer vivir siempre la justicia de Dios, nos hacemos acreedores del reino de los cielos (cf Mt 5, 10). La perfecta alegría, como la han vivido los santos, consiste en imitar e identificarse con Jesucristo incluso en el amor a los que se nos dicen enemigos. En la celebración de hoy, nosotros, la Iglesia en la tierra, nos alegramos por todos los santos, la Iglesia del cielo. Y en esta misma alegría, como bienaventuranza, recibimos la fuerza para seguir peregrinando desde la ciudad secular, en este siglo XXI, hasta la ciudad celestial por todos los siglos sin fin.

A todos los santos, canonizados o desconocidos -pero escritos todos por el dedo de Dios en el “libro de la vida”- los ponemos delante de nuestra mirada, para que nos alcancen el don que ellos mismos recibieron y nos guarden un lugar junto a Dios.

Y a quienes nos han precedido en la fe y en concreto a quien fundó este instituto, la Sierva de Dios María Sara Alvarado Pontón, que nació en Bogotá hace 110 años y murió hace tan sólo 32, y al padre dominico Enrique Higuera, quien le ayudó, hoy les estamos especialmente agradecidos porque de su inspiración y colaboración a la gracia han nacido estas Hermanas, que han venido a España para trabajar actualmente de tal modo que hasta un instituto de derecho diocesano como eran las Dominicas Oblatas de Jesús han pasado a formar parte de la misma familia religiosa fundiéndose en una sola fraternidad religiosa; y ahora las dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazareth están en las diócesis de Madrid,

Badajoz, Oviedo, Toledo y Sevilla, como antes estuvieron en las de Burgos, Cáceres y Cuenca. En nombre del señor Cardenal Arzobispo les agradecemos su presencia y su trabajo pastoral en las distintas casas de Madrid, porque valora -y valoramos- a estas Hermanas no sólo por lo que hacen sino primero y principal por lo que son.

En la Eucaristía reside la fuente de nuestra santificación y está la cumbre de una existencia auténticamente cristiana. Acudimos al Señor en esta celebración para recibir el alimento, él mismo, que es nuestra fortaleza y nuestra esperanza. En la muerte y la resurrección del Señor vivimos ya para Él y esperamos vivir siempre con Él, pues creemos en la *“resurrección de la carne”*.

San Agustín, cuya regla profesa la toda la familia dominicana, en la “Ciudad de Dios”, nos anima con la esperanza en la ciudad definitiva: *“¡Qué intensa será aquella felicidad, donde no habrá mal alguno, donde no faltará ningún bien, donde toda ocupación será alabar a Dios, que será él todo para todos!”* (De civ. Dei, XXII, 30,1).

Que santa María, santo Domingo de Guzmán y todos los santos, por la ofrenda de Cristo Jesús que ahora vamos a presentar a Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, intercedan por nosotros para que podamos seguir con nuestros pasos sus huellas por el camino de la santidad.

D. Joaquín Martín Abad
Vicario Episcopal para la Vida Consagrada